La verdadera humildad será recompensada // Salmo 138

Salmo 138: La verdadera comunión con Dios, la humildad y la confianza que vence el temor

La mesa como lugar de comunión y encuentro

En una tertulia de Solidaria TV, Willy López participa en una conversación sobre el libro de los Salmos, tomando como punto de partida algunas reflexiones sobre la alimentación, la convivencia y el significado espiritual de compartir la mesa.

La conversación comienza con referencias a la gastronomía española, reconocida por su calidad y variedad, y a la importancia de determinados alimentos y procesos tradicionales de elaboración. También se menciona la alimentación en Israel y Jordania, donde destaca el consumo de verduras y productos saludables. Estas referencias sirven para introducir una cuestión mucho más profunda: el significado que tiene la comida en la cultura bíblica y, especialmente, en la vida de Jesús.

En la tradición judía, comer no era simplemente una necesidad física. La alimentación estaba relacionada con normas religiosas, como las establecidas por la tradición kosher, pero también tenía una importante dimensión social e íntima.

Jesús respetaba las normas alimentarias de su cultura y, al mismo tiempo, utilizaba las comidas como oportunidades para relacionarse con personas de diferentes condiciones sociales.

Precisamente, algunos de sus contemporáneos lo criticaban por compartir mesa con publicanos y otras personas, llegando a llamarlo comilón y glotón. Sin embargo, aquellas comidas representaban mucho más que un momento para alimentarse. Eran espacios de encuentro, conversación y cercanía.

La esencia de compartir una comida no está tanto en la cantidad o calidad de los alimentos como en la compañía. Es posible disfrutar de un banquete extraordinario y, aun así, experimentar un ambiente de tensión y distanciamiento. Por el contrario, una mesa sencilla puede convertirse en un lugar de auténtica comunión cuando existe amor y deseo de compartir.

El libro de Proverbios ya expresa esta idea al señalar que es preferible un plato sencillo acompañado de paz que un banquete abundante en medio de la discordia. La calidad de una comida no puede compensar la ausencia de buenas relaciones.

En este contexto también adquiere especial importancia la sobremesa, ese tiempo posterior a la comida en el que las personas permanecen juntas, conversan y comparten experiencias. Es una costumbre que permite fortalecer los vínculos y que, en muchas ocasiones, se está perdiendo por las prisas y el individualismo de la sociedad actual.

Jesús, el pan de vida y la verdadera comunión

Jesús se presentó como el pan de vida, utilizando una imagen relacionada con la alimentación para explicar la necesidad de recibir su palabra como sustento espiritual. De esta manera, la comida adquiere un significado que va más allá de lo material y se convierte en una ilustración de la relación

entre Dios y las personas.

La comunión implica un intercambio recíproco. No consiste únicamente en estar físicamente juntos, sino en compartir pensamientos, sentimientos, experiencias y una misma disposición del corazón. Las personas pueden enriquecerse mutuamente mediante sus palabras y su presencia.

Esta enseñanza también permite comprender la importancia de la Santa Cena, mencionada por Pablo en Primera de Corintios 10. Su significado no puede reducirse a cumplir un protocolo religioso. Si no existe una verdadera comunión entre quienes participan, el acto pierde parte de su sentido espiritual.

La sociedad contemporánea parece avanzar hacia un individualismo cada vez mayor. Las personas viven más aisladas y, en ocasiones, resulta más sencillo relacionarse con individuos separados que construir comunidades unidas por convicciones y propósitos compartidos.

Sin embargo, la verdadera comunión requiere un mismo sentir, semejante al que hubo en Cristo Jesús. No depende de disponer de muchos recursos ni de organizar grandes celebraciones, sino de la voluntad sincera de estar juntos.

Esto puede observarse en numerosas familias durante celebraciones como la Navidad. En algunos hogares abundan los alimentos y los regalos, pero los conflictos que nunca se han resuelto impiden disfrutar de una convivencia auténtica. En otros hogares, aunque los recursos económicos sean limitados, existe un ambiente de cariño y unidad que permite experimentar una verdadera comunión.

La misma reflexión puede aplicarse a la asistencia a la iglesia. Acudir a una congregación no debería convertirse en una obligación rutinaria que compite con otras actividades de ocio. La motivación debe surgir de un deseo genuino de encontrarse con Dios y compartir la fe con otros creyentes.

El corazón de alabanza y una relación auténtica con Dios

El Salmo 138 invita a alabar y bendecir el nombre del Señor con todo el corazón. Esta actitud no debería limitarse a momentos especiales, sino formar parte de la vida cotidiana del creyente.

La verdadera plenitud espiritual se encuentra en la relación con Dios y supera la satisfacción temporal que pueden ofrecer los entretenimientos y las actividades de este mundo. Sin embargo, existe una percepción equivocada que relaciona lo saludable y beneficioso con algo desagradable, aburrido o difícil de soportar.

Esta idea también ha afectado a la manera de presentar la religión. En ocasiones, se ha transmitido una imagen de la vida cristiana centrada casi exclusivamente en las prohibiciones, los sacrificios y las renuncias. Como consecuencia, algunas personas perciben su relación con Dios como una carga que deben soportar para alcanzar el cielo.

La fe, sin embargo, no debería vivirse desde el fastidio ni desde la obligación. Algunas iglesias han cometido el error de destacar excesivamente aquello que no se puede hacer, olvidando explicar las oportunidades, los beneficios y la riqueza espiritual que supone caminar con el Señor.

Incluso las recomendaciones relacionadas con hábitos como no fumar o moderar el consumo de alcohol y determinados alimentos pueden entenderse desde el cuidado de la salud y del bienestar físico, en lugar de presentarse únicamente como una cuestión de prohibiciones religiosas.

Dios no es el ser castigador, vengativo y rencoroso que algunas personas imaginan. La relación con Él representa una experiencia de amor, cuidado y crecimiento. Su deseo es el bienestar de quienes lo siguen y que puedan encontrar una

plenitud que no depende de las circunstancias externas.

Esta plenitud tampoco debe confundirse con el triunfalismo o con la teología de la prosperidad. No significa que una persona creyente vaya a conseguir automáticamente todo lo que desea o que nunca tendrá problemas.

La relación con Dios no funciona como la historia de Aladino y su lámpara maravillosa. Dios no es un genio que aparece para conceder cualquier petición. Su manera de actuar se parece más a la de un padre que conoce las necesidades de su hijo y sabe cuándo conceder una petición y cuándo negarla porque podría resultar perjudicial.

Aceptar a Cristo como Salvador tampoco supone obtener una garantía para evitar el sufrimiento, la enfermedad o la muerte. Estas realidades continúan formando parte de la existencia humana. Aunque Dios no envía el mal, permite que las personas atraviesen determinadas dificultades que pueden contribuir a su madurez.

La madurez espiritual se manifiesta en la capacidad de asumir responsabilidades, actuar por convicción y hacer lo correcto sin necesitar una supervisión constante. Una persona madura no cumple sus obligaciones únicamente porque alguien la vigila, sino porque comprende su responsabilidad.

También aprende a actuar conforme a sus principios y buscando el bien común, en lugar de depender permanentemente de la aprobación de los demás.

El Salmo 138: una declaración de alabanza, fidelidad y confianza

El Salmo 138 presenta una profunda declaración de reconocimiento y confianza en Dios. El salmista comienza expresando su decisión de alabar al Señor con todo el corazón y cantar en su honor.

También manifiesta su deseo de postrarse hacia el santo templo y bendecir el nombre de Dios por su misericordia y fidelidad. Reconoce que el Señor ha engrandecido su nombre y su palabra por encima de todas las cosas.

Uno de los aspectos más significativos del salmo aparece cuando el autor recuerda que, en el día que clamó a Dios, recibió respuesta y fue fortalecido en su alma. Esta experiencia refleja que la oración no es simplemente una práctica religiosa, sino una expresión de dependencia y confianza en el Señor.

El texto también anuncia que los reyes de la tierra reconocerán la grandeza de Dios cuando escuchen sus palabras. Incluso quienes ocupan posiciones de autoridad tendrán que reconocer sus caminos y su gloria.

El salmista destaca especialmente que Dios es excelso, pero atiende al humilde y mantiene a distancia al soberbio. Esta afirmación introduce uno de los grandes temas de la reflexión: la diferencia entre la manera en que el mundo valora a las personas y la manera en que Dios las contempla.

El salmo continúa expresando confianza en la protección divina incluso en medio de la angustia. Dios extiende su mano, sostiene al que necesita ayuda y cumple su propósito en la vida de quienes confían en Él.

La declaración final resume esta confianza mediante una petición llena de significado: la misericordia del Señor es eterna y el salmista le pide que no desampare la obra de sus manos.

La verdadera humildad frente a la soberbia

El Salmo 138 establece una diferencia clara entre la persona humilde y aquella que actúa con soberbia. Dios atiende al

humilde, mientras que observa de lejos al altivo.

Esta enseñanza contrasta con muchos de los valores que predominan en la sociedad actual. Con frecuencia se busca ocupar posiciones destacadas, recibir reconocimiento y convertirse en el centro de atención. Incluso el número de seguidores en las redes sociales puede llegar a utilizarse como una medida del éxito personal.

La necesidad constante de ser admirado y reconocido puede revelar una actitud de soberbia. El problema no está en desarrollar capacidades, alcanzar objetivos o recibir reconocimiento por un trabajo bien realizado, sino en convertir la admiración de los demás en una necesidad permanente.

La sociedad suele ensalzar a cantantes, actores, deportistas y otras figuras públicas, mientras que muchas personas que trabajan discretamente y realizan aportaciones importantes permanecen prácticamente desconocidas.

El ejemplo de los investigadores científicos resulta especialmente significativo. Muchas personas dedican su vida a estudiar enfermedades, desarrollar tratamientos y contribuir a avances que benefician a toda la humanidad, pero no reciben la atención pública que se concede a otras profesiones.

También existen personas famosas que, a pesar de su éxito y reconocimiento, mantienen una actitud sencilla y un perfil discreto. La soberbia no es una característica inevitable de una profesión, sino una actitud personal que cada individuo puede desarrollar o evitar.

En la Biblia encontramos ejemplos de personas que fueron elegidas por Dios sin ocupar inicialmente posiciones destacadas. David, Saúl y María permiten observar cómo el Señor no siempre sigue los criterios humanos a la hora de escoger a quienes quiere utilizar.

Por eso, no es necesario luchar constantemente por conseguir un lugar de reconocimiento dentro de la iglesia. La posición de una persona no debería depender de su capacidad para llamar la atención de los líderes o conseguir determinados privilegios.

Dios conoce el corazón y puede colocar a cada persona en el lugar que corresponda a su propósito. Si es necesario, también puede conducirla a otra congregación o producir cambios en el liderazgo de una iglesia.

La responsabilidad del creyente consiste en esforzarse por cumplir la voluntad de Dios, no en perseguir posiciones, títulos o reconocimiento personal.

Confiar en Dios y no solamente en nuestras propias capacidades

La confianza excesiva en las propias fuerzas puede convertirse en un obstáculo para reconocer la intervención de Dios. Cuando una persona atribuye todos sus logros exclusivamente a sus capacidades, talentos y esfuerzos, corre el riesgo de dejar a Dios fuera de sus decisiones.

Existe una diferencia importante entre alcanzar algo mediante el esfuerzo personal y experimentar cómo Dios abre un camino que parecía imposible. En este último caso, la persona puede reconocer que no habría llegado hasta allí únicamente con sus propios recursos.

La mentalidad predominante en el mundo promueve la autosuficiencia, el pensamiento positivo y la confianza absoluta en uno mismo. Sin embargo, desde la perspectiva espiritual, la verdadera seguridad no procede de las capacidades humanas, sino de Dios.

Esto no significa que los talentos o la preparación académica carezcan de valor. Significa que no deben convertirse en el

fundamento de la confianza ni en el criterio definitivo para determinar la capacidad espiritual de una persona.

En el ámbito de la iglesia, puede cometerse el error de asignar responsabilidades ministeriales atendiendo principalmente a títulos académicos o profesiones seculares, como la psicología o la docencia. Sin embargo, la sabiduría espiritual no depende necesariamente de la formación académica.

El ejemplo de un pastor que no sabía leer ni escribir, pero que poseía una gran sabiduría y dirigió una iglesia durante años, permite comprender que Dios puede utilizar a personas cuyas capacidades no encajan en los criterios habituales de reconocimiento humano.

La preparación y los conocimientos son valiosos, pero no sustituyen la dirección de Dios. Es necesario evitar que la iglesia adopte una mentalidad basada exclusivamente en los recursos humanos, olvidando que su fundamento debe ser espiritual.

La falsa humildad y el verdadero valor que tenemos ante Dios

La humildad tampoco consiste en negar las capacidades que una persona posee. Existe una diferencia entre reconocer honestamente los propios talentos y utilizar esas capacidades para sentirse superior a los demás.

La falsa humildad aparece cuando alguien expresa sentimientos que realmente no tiene con la intención de recibir elogios, reconocimiento o palabras de ánimo. Es una manera indirecta de buscar aprobación mientras aparentemente se está renunciando a ella.

La verdadera modestia consiste en mantener una valoración justa y equilibrada de uno mismo. Una persona puede reconocer

que tiene habilidades para una determinada actividad sin que eso altere su valor como ser humano.

Dios no mide a las personas por su apariencia física, sus títulos o sus logros profesionales. La elección de David por medio de Samuel demuestra que los criterios divinos son diferentes de los criterios humanos. Mientras que la mirada humana podía sentirse atraída por la apariencia de sus hermanos mayores, Dios veía algo distinto en él.

El valor de una persona no depende de lo que consigue, sino de quién es ante Dios. El sacrificio de Cristo en la cruz constituye la demostración del profundo valor que Dios concede al ser humano.

Esta realidad también invita a revisar la manera en que las personas se acercan al Señor. En ocasiones, la relación con Dios queda reducida a momentos de crisis, tragedias o acontecimientos importantes. Algunas personas solo recurren a Él cuando atraviesan situaciones que consideran suficientemente graves.

Sin embargo, una relación auténtica no se construye únicamente en las emergencias. Dios también desea formar parte de la vida cotidiana.

Buscar a Dios en las pequeñas cosas de cada día

Hablar con Dios sobre los asuntos cotidianos permite desarrollar una relación más cercana y fortalecer la confianza. No es necesario esperar a que aparezca un problema grave para acudir a Él.

Incluso situaciones aparentemente insignificantes, como encontrar un lugar para estacionar el vehículo, pueden convertirse en oportunidades para hablar con Dios. Algunas personas pueden considerar superficial este tipo de oración,

pero la comunicación constante refleja una relación de cercanía.

Pedir ayuda antes de iniciar un viaje, presentar una preocupación relacionada con el trabajo o agradecer por una tarea que ha salido bien son maneras de reconocer la presencia de Dios en la vida diaria.

La relación puede compararse con la de un padre y su hijo. Las preguntas constantes de un niño reflejan confianza, interés y deseo de mantener el contacto. De la misma manera, el creyente no debería perder esa disposición a hablar con Dios sobre las distintas circunstancias de su existencia.

Esta cercanía también debe ir acompañada de humildad intelectual y espiritual. Cuanto más aprende una persona, más consciente puede llegar a ser de todo lo que todavía desconoce.

El desarrollo científico y la inteligencia artificial muestran que el conocimiento humano continúa teniendo límites importantes. A pesar de los avances, existen numerosas preguntas sin respuesta y grandes misterios relacionados con el universo y la realidad.

La actitud de búsqueda constante también se observa en los artistas. Muchas veces consideran que sus obras podrían seguir mejorándose, pero llega un momento en que dejan de trabajar en ellas porque reconocen que siempre existirán nuevos detalles que perfeccionar.

La reflexión presenta a Dios como un artista que continúa trabajando en la vida de las personas. Su obra no se limita a un momento concreto, sino que forma parte de un proceso de crecimiento y transformación.

Por eso, la gratitud debe estar presente tanto en las circunstancias agradables como en aquellas que inicialmente pueden resultar incómodas. Incluso el frío y los cambios de

estación cumplen una función necesaria en la naturaleza, permitiendo que los ciclos de la creación continúen.

Reconocer estos detalles ayuda a desarrollar una mirada agradecida y a comprender que no todo tiene que responder a nuestras preferencias personales.

La grandeza de lo que todavía desconocemos

Durante la conversación también se mencionan los conceptos hebreos *neelam* y *olam* para reflexionar sobre la diferencia entre la totalidad de lo existente y aquello que ha sido revelado o conocido.

La idea principal es que lo que el ser humano conoce representa una parte muy pequeña frente a la inmensidad de aquello que permanece oculto o fuera de su comprensión.

Esta perspectiva invita a reconocer los límites del conocimiento humano y a mantener una actitud de respeto ante los grandes misterios de la existencia. La vida eterna se relaciona con esa realidad que supera lo que actualmente podemos conocer y comprender.

La reflexión también advierte sobre la soberbia que puede aparecer cuando algunas personas consideran que sus conocimientos son suficientes para explicar toda la realidad. El problema no está en investigar, formular preguntas o desarrollar teorías, sino en convertir el conocimiento limitado en una afirmación absoluta sobre aquello que todavía no se comprende.

El libro de Proverbios recuerda, además, la importancia de la prudencia y del silencio. En determinadas circunstancias, permanecer callado puede demostrar más sabiduría que intervenir constantemente para intentar tener siempre la razón.

Esta enseñanza también puede aplicarse a las reuniones y conversaciones cotidianas. Existe una actitud de competencia permanente en quienes pretenden saber más que los demás sobre cualquier asunto y necesitan convertirse siempre en el centro de atención.

La humildad, por el contrario, permite escuchar, aprender y reconocer que todavía queda mucho por descubrir.

No desampares la obra de tus manos

La petición final del Salmo 138 adquiere un significado especial en una sociedad donde, según la reflexión presentada, existe una tendencia creciente a excluir a Dios de diferentes ámbitos sociales y políticos.

También se señala la progresiva marginación de la influencia de la Iglesia, especialmente de la evangélica, y la aparición de una visión del mundo en la que Dios parece quedar fuera de cualquier consideración.

Ante esta situación, el creyente no debería caer en el desánimo ni esconder su fe. La relación con Dios no puede quedar limitada exclusivamente al interior de los templos, como si fuera algo que debiera ocultarse en la vida pública o cotidiana.

La petición de no ser desamparados recuerda que los seres humanos y toda la creación son obra de las manos de Dios. El salmista reconoce su condición de criatura y se dirige al Creador desde una posición de dependencia y confianza.

Esto no significa que Dios se haya alejado o haya dejado de escuchar. Su presencia permanece incluso cuando las circunstancias parecen indicar lo contrario.

Al mismo tiempo, el ser humano tiene responsabilidad sobre sus actos y deberá responder por el maltrato a la creación, las guerras y el derramamiento de sangre inocente. La capacidad

humana para crear, desarrollar proyectos e innovar no debe hacer olvidar que existe una diferencia fundamental entre la criatura y el Creador.

La reflexión utiliza la imagen de un padre y un hijo para explicar la actitud de quienes se rebelan contra Dios y pretenden vivir como si no dependieran de Él. La madurez no consiste en negar el origen, sino en reconocerlo y aceptar el cuidado de quien nos ha dado la vida.

El concepto de ser criatura de Dios también transmite una idea de protección y cariño. No se trata únicamente de reconocer que hemos sido creados, sino de comprender que somos personas cuidadas y amadas por nuestro Creador.

La petición del salmista expresa precisamente ese deseo de permanecer bajo su cuidado y no ser abandonados por Él.

Esfuérzate y sé valiente: la responsabilidad humana y la intervención divina

La confianza en Dios no significa permanecer inmóvil esperando que todo suceda de manera automática. La reflexión sobre el mandato de esforzarse y ser valiente muestra que la responsabilidad humana tiene un papel fundamental.

El ejemplo del pueblo de Israel cruzando el río Jordán permite comprender este principio. Antes de que Dios detuviera las aguas y permitiera que el pueblo cruzara en seco, los israelitas tuvieron que realizar determinadas acciones. Debían santificarse y los sacerdotes tenían que llevar el arca hasta el río.

La intervención divina llegó cuando las capacidades humanas alcanzaron su límite. No había recursos para construir un puente ni una solución que permitiera superar el obstáculo por

medios propios.

Este episodio enseña que el creyente debe actuar, avanzar y asumir su responsabilidad. Dios puede hacer aquello que el ser humano no consigue realizar, pero eso no significa que deba utilizar la fe como excusa para evitar el esfuerzo.

El mismo principio puede aplicarse a la predicación. Un pastor tiene la responsabilidad de preparar su mensaje, estudiar y realizar el trabajo necesario. Sin embargo, es el Espíritu Santo quien finalmente coloca la palabra en el corazón de quienes escuchan.

El fruto de esa labor puede aparecer inmediatamente o desarrollarse con el paso del tiempo. La responsabilidad humana consiste en cumplir fielmente con la tarea, confiando en que Dios hará su parte.

La valentía bíblica también tiene un significado que va más allá de la idea popular de enfrentarse al miedo mediante la fuerza de voluntad. El amor de Dios tiene la capacidad de expulsar el temor y permitir que una persona actúe con confianza.

Los hombres y las mujeres de Dios que aparecen en la historia bíblica no eran necesariamente valientes por sus capacidades naturales. Su fortaleza procedía de la presencia y del amor de Dios en sus vidas.

A medida que una persona crece espiritualmente y se acerca a la plenitud de Cristo, el temor pierde protagonismo. La confianza ya no depende exclusivamente de la capacidad humana para controlar las circunstancias, sino de la seguridad de saber que Dios permanece presente.

Superar el temor a través de la fe

Sentir miedo forma parte de la naturaleza humana y no debería convertirse en un motivo de condenación personal. La cuestión

fundamental no es evitar cualquier sentimiento de temor, sino impedir que ese temor termine dirigiendo la vida.

El ejemplo del profeta Elías muestra que incluso una persona utilizada por Dios puede atravesar momentos de miedo y desánimo. Ante las amenazas de Jezabel, Elías llegó a esconderse en una cueva.

Dios lo confrontó y le recordó que todavía quedaban siete mil personas que no habían doblado sus rodillas ante otros dioses. También lo animó a salir de su escondite y retomar su labor, asegurándole que Él se ocuparía del resto.

La experiencia de Elías demuestra que sentir miedo no significa haber perdido la fe. Lo importante es llevar esas preocupaciones ante Dios y permitir que su presencia proporcione la paz necesaria para continuar.

La Biblia también presenta otros ejemplos de personas como Eliseo, Pedro y Josué, que tuvieron que afrontar situaciones de incertidumbre y desafíos. Sus experiencias muestran que Dios puede sostener a sus siervos incluso cuando atraviesan momentos difíciles.

La verdadera paz no procede únicamente de la fuerza de voluntad. Aunque una persona pueda intentar controlar sus pensamientos y emociones, la paz que ofrece Dios tiene una dimensión espiritual que supera las soluciones humanas.

El miedo puede aparecer ante problemas económicos, dificultades laborales, enfermedades o situaciones familiares. Preocuparse mientras se espera el resultado de una prueba médica, por ejemplo, puede ser una reacción natural. Sin embargo, el problema aparece cuando la preocupación se convierte en un estado permanente y continúa dominando la vida incluso después de que la situación se haya aclarado.

La fe no exige que una persona niegue sus emociones, sino que aprenda a confiar en Dios a pesar de ellas.

También es importante prestar atención a las palabras que utilizamos. Una persona puede afirmar que confía en Dios, pero si constantemente expresa miedo, desesperanza e intranquilidad, termina viviendo en contradicción con aquello que dice creer.

La reflexión identifica el miedo y el desánimo como dos herramientas que pueden debilitar espiritualmente a las personas. Por eso, es necesario evitar que las preocupaciones se conviertan en el centro de todos los pensamientos y decisiones.

La confianza en Dios debe crecer progresivamente, acompañando el proceso de madurez espiritual. No se trata de conseguir una vida sin dificultades, sino de aprender a atravesarlas con una paz diferente.

El cuidado invisible de Dios en nuestra vida

El Salmo 138 invita a reconocer que Dios permanece presente y ayuda a quienes confían en Él, incluso en circunstancias que no siempre somos capaces de identificar.

Existe una dimensión de su cuidado que muchas veces pasa inadvertida. Las personas pueden ser protegidas de determinados problemas, enfermedades o accidentes sin llegar a saber que estuvieron expuestas a esas situaciones.

La relación con Dios incluye las respuestas a las oraciones concretas, pero también aquellas bendiciones inesperadas que aparecen sin haber sido solicitadas. Son experiencias que pueden entenderse como regalos adicionales que forman parte de su cuidado.

Por eso, la fe no debería vivirse como una relación basada en castigos, obligaciones y prohibiciones. La vida con Dios puede estar llena de experiencias nuevas, aprendizajes y motivos

para agradecer.

Esto no significa que desaparezcan los sufrimientos y los conflictos propios de la existencia humana. La diferencia está en la manera de afrontarlos cuando se cuenta con la presencia del Señor.

Sin Dios, muchas personas se encuentran ante ideas abstractas que no siempre proporcionan consuelo o una respuesta personal a sus dificultades. Sin embargo, la fe ofrece una relación que puede sostener al ser humano incluso en los momentos de mayor soledad.

Es posible que durante los momentos de alegría y entretenimiento algunas personas sientan que no necesitan a Dios. Pero cuando aparecen la tristeza, la incertidumbre o la soledad, su presencia sigue siendo una fuente de esperanza.

El salmista desea que el pueblo de Israel reconozca y cante la fidelidad del Señor, recordando que Dios acompaña a las personas tanto en los problemas que ya han atravesado como en los peligros que todavía pueden aparecer.

Su compromiso no depende de que las personas lo reconozcan o decidan ignorarlo. Dios permanece fiel y no hace acepción de personas.

Vivir con humildad, gratitud y confianza en Dios

El mensaje central del Salmo 138 es una invitación a desarrollar una relación auténtica con Dios, fundamentada en la alabanza, la humildad y la confianza.

La verdadera comunión no depende de la abundancia material, sino de la disposición del corazón para compartir con los demás. Del mismo modo, la verdadera plenitud espiritual no consiste en obtener todo lo que deseamos, sino en aprender a

vivir bajo la dirección y el cuidado del Señor.

La humildad nos permite reconocer que nuestros talentos y capacidades no determinan nuestro valor. La confianza nos recuerda que no tenemos que depender exclusivamente de nuestras propias fuerzas. Y la fe nos enseña que el miedo no debe convertirse en quien dirige nuestras decisiones.

Dios desea estar presente en los grandes acontecimientos, pero también en los detalles más pequeños de cada día. Por eso, la oración, la gratitud y la alabanza deben formar parte de nuestra vida cotidiana.

El creyente está llamado a esforzarse, asumir responsabilidades y avanzar con valentía, sabiendo que Dios puede completar aquello que supera sus posibilidades. No se trata de permanecer esperando pasivamente, sino de caminar con la seguridad de que el Señor acompaña cada paso.

La petición final del salmo resume esta actitud: reconocer que somos obra de sus manos y pedirle que nunca nos desampare. Una declaración que invita a vivir con la confianza de que, incluso en medio de las dificultades, Dios permanece presente, su misericordia es eterna y su fidelidad no depende de nuestras circunstancias.